

PRIMER PREMIO CATEGORÍA A

GERMÁN ORTEGA CEBRIÁN, 1.º D

DÉDALO

En septiembre de 1965, mi abuelo tenía 17 años cuando ingresó como voluntario en la Marina de Guerra Española. Deseaba conocer gente y ver mundo. Se fue a San Fernando (Cádiz) donde se examinó junto a muchos jóvenes de toda España para poder ser especialista de la armada.

Una vez superado el examen, tuvo que hacer un periodo de instrucción en el Cuartel de Marinería, tres meses. Eligió la especialidad de artillería naval e ingresó en 1966 durante un año en la Escuela de Tiro Naval Janer para formarse como cabo especialista artillero.

Su primer destino fue el puerto de Cartagena, en un barco de guerra, un destructor que se llamaba Alcalá Galiano. Su trabajo consistía en el mantenimiento y limpieza de los cañones del centro del buque. Mi abuelo siempre me recuerda que el ruido de los cañones cuando disparaba era atronador.

Esa fue la primera vez en su vida que navegaba, y al principio se mareaba; pero poco a poco lo fue superando, y fue acostumbrándose a su nuevo oficio.

Estuvo tres meses en ese barco, con el que salieron de maniobras con la flota francesa por el Atlántico y simularon estar en guerra unos contra otros. Después de tres meses navegando sin tocar puerto, llegaron a las Palmas de Gran Canaria y regresaron a Cartagena tras cruzar el estrecho de Gibraltar.

Al llegar a Cartagena, el comandante del barco le notificó una importante noticia: tenía que desplazarse a Madrid para coger un avión con destino a Estados Unidos, concretamente a la base naval de Filadelfia, haciendo escala en Nueva York.

Este vaje fue todo un reto para mi abuelo: cruzar el Atlántico y visitar los Estados Unidos. Mi abuelo dice que lo que más impresión le causó fue la estatua de la Libertad y ver por primera vez una televisión en color en el aeropuerto Kennedy. Después cogieron otro avión con destino a Filadelfia.

Él recuerda que la base naval era impresionante y que había muchos barcos: corbetas, fragatas, destructores, portaviones y submarinos. Allí vio por primera vez a mujeres militares, personas de raza negra y gente de otras nacionalidades integrada en la marina de los Estados Unidos; toda una experiencia para un chico joven de esa época.

Se alojaban en un pequeño barco ciento cincuenta españoles aproximadamente. Más tarde llegarían muchos más. Su cometido era acondicionar y preparar para la navegación el portahelicópteros Dédalo, un gran buque que España había adquirido a Estados Unidos.

Le impresionó mucho Filadelfia: las grandes avenidas, los enormes edificios y sus coches; todo era nuevo para él. Como no conocía el idioma, compró dos diccionarios: uno español-inglés y otro inglés-español. Poco a poco fue aprendiendo alguna

palabra suelta y, más tarde, con ayuda de gente de habla hispana, empezó a manejarse con el idioma mientras esperaba el Dédalo.

En este destino hizo verdaderos amigos de todas partes de España, de los cuales aún conserva algunos hoy en día.

Por fin, una vez reparado el barco, salieron a navegar por el mar Caribe para que el personal estadounidense comprobara si estaban listos para hacerse cargo del mismo. Hicieron escala en Guantánamo, en la bahía de Cuba, donde vio muchos tiburones y donde dice que el calor era impresionante. Allí estuvieron cerca de un mes, y después volvieron a la base de Filadelfia.

Después de casi un año en América, el Dédalo estaba listo para navegar, y salieron hacia la base naval de Norfolk (Virginia), que en esa época era la mejor base del mundo y la más importante de camino a España. Era una base inmensa repleta de toda clase de buques y submarinos. Les despidieron con una banda de música y rindieron honores.

El regreso a España cruzando el Atlántico fue bastante complicado. Tuvieron muy mala mar; las olas superaban al barco en altura. Es la primera vez que tuvo miedo de que pudieran naufragar.

Cuando estaban en el comedor, tenía que sujetar la bandeja de la comida con migas de pan para fijarla a la mesa. Fueron cuatro o cinco días de los peores de su vida, pero al fin vino la mar en calma, los delfines saltando por la proa del barco y las gaviotas: era una señal de que estaban por fin cerca de tierra.

Su destino era la base naval de Rota (Cádiz). El recibimiento fue muy emocionante, con bandas de música y muchas personas esperando. Mi abuelo echaba mucho de menos a sus padres después de tanto tiempo fuera de casa.

Le dieron permiso para venir a Albacete después de un año de ausencia para ver a su familia y amigos. Todavía se emociona al recordarlo.

Cuando se incorporó nuevamente a la marina, el tiempo se le pasó volando, estuvieron navegando y visitando lugares que no conocía como Santander, las Baleares, Ceuta, Melilla y una parte del sur de Francia.

Después de tres años y tres meses en la marina, decide volver a Albacete y conoce a mi abuela.

Pero esa es otra historia...